

## VERDAD, MALA FE Y SITUACIÓN DE LA MUJER EN «LE DEUXIÈME SEXE» Y «LA FEMME ROMPUE»

AMPARO ARIÑO  
*Universidad de Valencia*

### Resumen

Simone de Beauvoir escribe desde la perspectiva de la moral existencialista, que considera a todo existente como sujeto, como trascendencia. El mayor de los males es que una trascendencia caiga en la inmanencia, que se haga objeto, cosa. Si esta caída es buscada por el sujeto es la “mala fe”, una falta moral. Si es inflingida por otro sujeto, es la opresión. En *Le deuxième sexe* analiza la situación histórica de las mujeres en relación a este problema central para el existente humano. Veinte años más tarde, en los relatos de *La femme rompue*, describe a diversas mujeres en situaciones concretas y comprobamos que mantiene la misma posición, pesimista y sin aparente salida, que había teorizado en *Le deuxième sexe*. La única salida sería, en coherencia con la moral existencialista, la superación del aparente refugio que constituye la “mala fe” y la lúcida, liberadora y, ¿por qué no? alegre, aceptación de nuestra realidad de seres humanos.

*Palabras clave:* moral existencialista, mala fe, feminismo, liberación, emancipación.

### Abstract

The aim of this paper lies to show that Simone de Beauvoir writes from the point of view of Existentialist Morality that regards every human being as a subject, as a transcendence. The greater evil takes place when transcendence falls into the immanence that is when it becomes an object, or a thing. When this fall is due to the subject it is “bad faith”, a moral fault. When it is infringed by another subject it is oppression. In *Le deuxième sexe* the philosopher analyses the historical situation of women in connection with this central importance for human beings. Twenty years later, in the stories from *Le femme rompue* she describes several women in concrete situations and we find that she holds the same view, pessimistic and without apparent way out that she had maintained in *Le deuxième sexe*. From the

---

*Recibido:* 12/01/2009. *Aceptado:* 18/02/2009.

point of view of this paper the only way out would be, in coherence with the existentialist moral, the overcoming of the apparent refuge that “bad faith” constitutes, offering the lucid, emancipating and (why not) joyful acceptance of our reality as human beings.

*Keywords:* existentialist morality, feminism, “bad faith”, emancipation, liberation.

SIMONE DE BEAUVOIR escribe *Le deuxième sexe* desde la perspectiva de la moral existencialista, que considera a todo sujeto como una trascendencia, como una libertad que se realiza a través de sus proyectos concretos. Cuando una trascendencia cae en la inmanencia hay una degradación de la existencia, una degradación del sujeto, del “pour-soi”, en un objeto, en un “en-soi”. Esta caída en la inmanencia puede ser consentida -e incluso buscada- por el sujeto. En este caso hay una falta moral. Pero si la caída en la inmanencia le es inflingida al sujeto por los otros, es decir, por otros sujetos, por otras conciencias, en este caso lo que hay es una opresión. En ambos casos, Simone de Beauvoir considera la caída de una trascendencia en una inmanencia como “un mal absoluto”.

Dado que para esta filósofa una existencia sólo se justifica por la continuidad de su proyecto en un futuro abierto ilimitadamente, el sujeto transcendente depende necesariamente de la libertad de los otros.

Según Simone de Beauvoir lo que define la situación de la mujer es que, siendo una libertad autónoma como lo es todo ser humano, se descubre a sí misma y elige su propio proyecto en un mundo en el que otros sujetos libres, los hombres, intentan fijarla como el objeto, como “el otro” del sujeto en el que ellos mismos se constituyen. Así, la trascendencia de la mujer es transcendida por una conciencia que se autoconstituye como esencial y soberana: la conciencia del hombre que, de este modo, reduce a la mujer a objeto y la consagra a la inmanencia. Es por esta razón por lo que en la mujer se plantea el problema dramático del conflicto entre la reivindicación fundamental de todo sujeto, que se considera siempre a sí mismo como esencial, y las exigencias de una situación que la constituye como ser inesencial, como objeto.

En los tres relatos de *La femme rompue* (1967), Simone de Beauvoir ilustra con descripciones literarias y muy concretas de mujeres “en situación” la concepción de la situación de la mujer que había expuesto en el segundo volumen de *Le deuxième sexe*, donde se proponía describir, según sus propias palabras, “el fondo común sobre el que se enmarca toda existencia femenina singular”. Unos años más tarde, en prefacio del libro de Anna Ophir *Regards féminins* (1976), Simone de Beauvoir escribe que en *La femme rompue* había querido expresar “el conjunto de la sociedad de hoy, tal como se descubre ante nosotros a partir de nuestra condición

de mujer” -lo que significa en tanto que fondo común a toda existencia femenina singular. Y añade: “Me proponía, en *La femme rompue*, reflejar los momentos críticos de tres existencias femeninas: el encuentro con la vejez; la exasperación de una soledad; el fin brutal de un amor. Lo que me interesaba esencialmente en estas historias era la “mauvaise foi” (la mala fe) más o menos testaruda con la que mis heroínas llevaban a cabo su combate”<sup>1</sup>.

Dejando a parte el caso descrito en el segundo relato de *La femme rompue*, “Monologue”, donde la persistencia de la mala fe en la protagonista la lleva hasta la locura<sup>2</sup>, estos momentos críticos implican para las protagonistas de estos relatos la imposibilidad de mantenerse en una actitud de mala fe. “L’âge de la discrétion” -escrito en primera persona-, “Monologue” -un soliloquio que nos recuerda algunos momentos del *Ulysses* de Joyce- y “La femme rompue” -un diario íntimo- nos muestran la reflexión que realizan las protagonistas sobre sí mismas, sobre su propio pasado, su presente y su porvenir, y el reconocimiento progresivo del hecho ineluctable que, en cada uno de los casos, determina la situación. De este modo se abre para ellas la posibilidad de desenmascarar y superar la mala fe.

### El rol de la maternidad en los relatos de *La femme rompue*

Las protagonistas de los tres relatos que constituyen *La femme rompue* son madres. A pesar del rechazo, tanto teórico en su postura teórica como en su vida personal, que sentía Simone de Beauvoir por la maternidad, a la que considera una esclavitud biológica y la causa principal de la situación de inferioridad o de desventaja de la mujer -como se expone muy claramente en *Le deuxième sexe* - no es el hecho biológico de la maternidad lo que se cuestiona de modo directo en estos relatos. Dada la edad de las protagonistas, es la relación de la madre de edad madura con el hijo o la hija adultos (adolescentes, en el caso de “Monologue”) lo que se cuestiona. La relación materno filial en el momento en el que los hijos se alejan de su madre (se le “escapan”, es la expresión que emplea la autora en *Le deuxième sexe*) y ésta intenta, con todas sus fuerzas, sobrevivir a través de ellos (DS p. 468). Por esta razón, nuestro referente principal para la relación entre *Le deuxième sexe* y *La femme rompue* será el capítulo “De la maturité à la vieillesse”.

1 *Les écrits de Simone de Beauvoir*, p. 578.

2 Cf. T.Keefe, “Simone de Beauvoir’s *La femme rompue*. Studies in Self-deception” en *Essays in French Literature*, 1976.

En este capítulo la relación de la madre con su hijo se entiende fundada en una admiración alienada y de mala fe por parte de la madre. La madre pone en su hijo su más ávida esperanza y siente que la misión de su hijo en este mundo es justificar la existencia de su madre (DS p. 468). Por eso, piensa de Beauvoir, todas las mujeres quieren engendrar un héroe, un genio, porque así pueden llegar a creer que han dado fundamento a una existencia absolutamente necesaria y se sienten retrospectivamente justificadas (cf. DS p. 470).

“La madre estima que ha adquirido derechos sagrados por el mero hecho de haber dado a luz (...) habiendo fabricado una carne, hace suya un existencia: se apropia de ella, de sus obras, sus actos, sus mérites” (DS p. 469). Por eso la madre considera a su nuera como a una rival, como la mujer que va a suplantarla en la vida de su hijo y que la convertirá en un ser innecesario para él. Es eso lo que expresa la protagonista del primer relato de *La femme rompue*, “L’âge de la discrétion”, al reflexionar sobre su hijo, que regresa de su viaje de bodas. “Ya no me pertenece, ya no me pertenece en absoluto (...) soy yo quien ha moldeado su vida. Ahora asisto a ella desde fuera, como un testigo. Es el destino común a todas las madres (...) yo debí de saberlo. Me abandonó en el mismo instante en que me anunció su matrimonio”. (LFR p. 27-31).

Al comienzo de este relato, y desde una actitud de mala fe, la protagonista quiere ver en Irene, su nuera, la causa de las múltiples traiciones que Philippe, su hijo, le está infligiendo. No se trata sólo de que otra mujer la suplante y le robe a su hijo. En este caso, además, la cuestión se agrava por el hecho de que Irene pertenece a la alta burguesía parisina y representa todos los valores que la protagonista ha rechazado durante toda su vida, rechazo en el que ha pretendido educar a su hijo. Y se encuentra con que ahora, después de su boda, Philippe le vuelve la espalda, abandona la Universidad y el proyecto de Tesis al que ella le había impulsado, y acepta el puesto de trabajo que el padre de su reciente esposa le ofrece en el Ministerio de Cultura del gobierno de De Gaulle. Un gobierno al que, desde siempre, su madre se había opuesto políticamente. Para la protagonista esta traición es la más grave porque Philippe no era para ella únicamente su hijo biológico, sino también su obra: un intelectual al que quería modelar de acuerdo con sus propios valores. Como podemos leer en *Le deuxième sexe* “La madre exige que los proyectos del niño-dios sean conformes a su propio ideal” (DS p. 470). Pero vivir vicariamente, como Beauvoir reconoce, entraña siempre un gran riesgo porque supone dejar la propia vida, el propio destino, en manos de otro ser cuya libertad y decisiones nos son, por definición, inaccesibles.

A decir verdad, para la protagonista el matrimonio de Philippe no es sino el detonante de la imposibilidad de mantener la mala fe acerca de la

verdadera realidad de las relaciones con su hijo. Cuando su mala fe queda desenmascarada, no tiene más remedio que reconocer reconoce que el único responsable de su conducta es el mismo Philippe. Sin embargo, durante este tiempo se ha mantenido en la mala fe, no ha querido saberlo ni aceptarlo. Ahora la protagonista reconoce su mentira, su autoengaño: “Desde su nacimiento un ama de cría, una niñera -se dice a sí misma. ¿Qué era lo que me había imaginado? Porque él era exigente yo me había creído indispensable. Porque se deja influenciar fácilmente he creído haberlo creado a mi imagen y semejanza, (...) Y él ha elegido distanciarse de mí, romper nuestras complicidades, rechaza la vida que (...) yo había construido para él. Se convertirá en un extraño” concluye llena de amargura (LFR p. 31).

La protagonista reacciona con desprecio y con cólera. Rompe con su hijo, quiere expulsarlo de su vida, quiere destruir todo lo que se lo recuerda, todas sus cosas, antes tan queridas. Pero, de hecho, lo que está rechazando es su propia mala fe que, al haberse evidenciado como el auto engaño que es, se ha vuelto ya inútil.

La reflexión final de la protagonista sobre sus relaciones con Philippe resulta reveladora:

“Si hubiese fracasado en su carrera universitaria, si hubiera tenido una vida mediocre -piensa para sí misma- (pero, añadimos nosotros, siempre que hubiera intentado realizar el proyecto que su madre tenía pensado para él) mi ternura nunca le hubiera faltado puesto que la hubiese necesitado (precisamente porque el fracaso profesional hubiera hecho del hijo un niño perpetuo, débil que tendría necesidad del amor y la protección maternas). Si yo hubiese llegado a serle innecesaria (a causa de su éxito profesional) lo habría aceptado, pero con orgullo. Habría continuado queriéndole, con alegría (puesto que así la madre habría realizado su propio proyecto en el éxito profesional de su hijo). Pero al mismo tiempo me escapa (puesto que se ha hecho afectivamente independiente por su matrimonio y ha decidido y ha cambiado a espaldas de su madre, sin contar con ella) y lo condeno (puesto que ha rechazado realizar los proyectos de su madre) ¿Qué puedo hacer con él?” (LFR p. 57).

Para Simone de Beauvoir la actitud de la madre con respecto a la hija adulta resulta todavía más conflictiva. En *Le deuxième sexe* leemos: “En su hijo, la madre busca a un dios; en su hija, encuentra un doble. Pero el ‘doble’ es un personaje ambiguo, el doble asesina a aquel de quien emana (...) Así la hija, al convertirse en mujer condena a muerte a su madre; y, sin embargo, le permite sobrevivirse. Es por esta razón por lo que toda madre puede sentir ante el florecimiento de su hija una promesa de ruine

o de resurrección” (DS p. 473). En el primer caso la madre se encona en la hostilidad, los celos, la rivalidad que siente hacia su hija. No acepta ser suplantada por su hija en tanto que mujer. Es por esta razón por la que, si se la consiente, si le resulta posible, la madre intenta encerrar a su hija en una infancia eterna y, de no conseguirlo, se empeña en hacerla fracasar en la vida de adulta que la hija pretende arrogarse (Cf. DS p. 473).

En el “Monologue”, el segundo relato de *La femme rompue*, encontramos ilustrado un caso extremo de esta situación de hostilidad de una madre hacia su hija adolescente, es decir en el umbral de la vida de joven adulta. La hostilidad y los celos que Murielle, la protagonista, siente hacia Sylvie, su hija de 17 años, llegan hasta la aniquilación literal de la muchacha a que Murielle empuja al suicidio. Y todo esto se da sin que la madre muestre el menor remordimiento y sin que reconozca ninguna responsabilidad por su parte en esta tragedia. Al contrario, encerrada en una extrema mala fe, casi patológica, Murielle llega a considerarse a sí misma como la auténtica víctima de los hechos. Y quiere convencer de ello a los demás, a su propia madre, al padre de Sylvia que fue su esposo, al mundo entero, de hecho, que la considera responsable de la tragedia (Cf. LFR pp. 111-114). Como decimos, se podría calificar la mala fe de Murielle de “patológica”. Y la propia Simone de Beauvoir, en el mencionado “Prefacio” al libro de Anne Ophir habla de “méchanceté paranoïque”<sup>3</sup>.

Incluso en situaciones menos trágicas, Simone de Beauvoir mantiene el punto de vista pesimista respecto a las relaciones materno-filiales que había expresado en *Le deuxième sexe* cuando escribía: “Nada más raro que aquella que respeta auténticamente en su hijo (o hija) a la persona humana, aquella que reconoce su libertad incluso en sus fracasos, que asume con el (o con ella) los riesgos que todo compromiso implica” (DS p. 470). Y más adelante: “Una madre necesita una extraña mezcla de generosidad y de desapego (détachement) para encontrar un enriquecimiento en la vida de sus hijos sin convertirse en un tirano para ellos, ni convertirlos a ellos en verdugos” (DS p. 474).

Así, en el último relato de *La femme rompue*, el que da título al conjunto de los tres relatos, encontramos la descripción de la actitud de una madre hacia su hija, sus hijas, en este caso, como una expectativa irremediablemente abocada al fracaso. Colette y Lucienne, las dos hijas de Monique la protagonista, personifican dos elecciones de vida opuestas: la de la

---

3 Según Hazel Barnes, y también según nuestra propia opinión, Simone de Beauvoir habría vivido una experiencia semejante en su relación con Sartre. Cf. Hazel Barnes, *Beauvoir and Sartre: The forms of Farewell*, pp. 37-39.

mujer tradicional, esposa y madre, y la de la mujer de carrera, independiente. Ninguno de los dos modelos satisface a Monique para sus hijas. Colette ha hecho la misma elección de vida que hizo Monique en su momento, es decir, renuncia a tener una profesión para dedicarse a su familia y, sobre todo, en tanto que enamorada, a Maurice, su marido. Esta opción existencial resulta injustificable para Monique cuando la ve repetida en su hija. “Debería de aprobarla - se dice a sí misma- Colette ha elegido el mismo camino que elegí yo, pero yo tenía a Maurice. Ella tiene a Jean-Pierre...Un hombre al que no se ama, resulta difícil de imaginar que pueda llenar la vida de nadie” (LFR p. 139). Sólo la enamorada ve, o cree ver, en las “virtudes” del amado, la razón suficiente para consagrarle la propia vida.

Por otra parte, tampoco la elección de Lucienne, la independencia, el éxito profesional, le parece una elección feliz. Lucienne ha tenido que endurecerse para triunfar, para defenderse. Y está sola. En ambos casos Monique tiene la impresión de haber fracasado como madre, pues las dos elecciones le parecen un error. Y, con una lucidez que trasciende y supera la mala fe, se pregunta literalmente aterrorizada si no habrá sido ella misma quien habrá motivado las erróneas elecciones de sus hijas (LFR p. 199, p. 250).

### La enamorada

Aunque Monique afirme que sus hijas son su orgullo, y confiese “Si he fracasado en la educación de mis hijas, entonces toda mi vida es un fracaso” (Cf. LFR, p. 250, pp. 213-214), lo cierto es que sólo en parte intenta realizarse a través de sus hijas. Es, sobre todo, el amor que siente por su esposo, Maurice, lo que parece haberla empujado realmente a la renuncia de una vida propia. Monique vive este amor como una alienación elegida, como un medio de justificar su ser, es decir, como una clara elección de mala fe. En este sentido, Monique ejemplifica la figura de “La enamorada” descrita en el capítulo XII de DS. La enamorada es descrita allí por Simone de Beauvoir como la mujer que concibe su amor precisamente a partir de su situación de mujer.

“Es la diferencia de su situación -había escrito ya de Beauvoir en *Le deuxième sexe*- lo que se refleja en la concepción que el hombre y la mujer tienen del amor. El individuo que es sujeto (...) si tiene el gusto generoso de la transcendencia, se esfuerza por ensanchar su captación del mundo (y para ello) actúa. Pero un ser inessential sólo puede descubrir lo absoluto en el corazón de su subjetividad: un ser consagrado a la inmanencia no sabría realizarse mediante sus actos. Encerrada en la esfera de lo relativo, destinada al macho desde la infancia, acostumbrada a ver en él a un soberano (...) lo

que soñara la mujer que no ha apagado su reivindicación de ser humano es trascender su ser hacia uno de esos seres superiores ((los hombres)) , es unirse, confundirse con el sujeto soberano (...) perderse en cuerpo y alma en aquel al que se designa como lo absoluto, como lo esencial” (DS p. 547).

Esta es, para Simone de Beauvoir, la actitud de la mujer que elige la inautenticidad, la mala fe, como modo de ser y sólo puede vivir el enamoramiento de este modo. Y esta es la actitud de Monique respecto a su marido. Monique ha elegido hacer depender su propio ser del ser de “otro”, un “otro” al que ha designado como sujeto absoluto. “Para mí sólo cuenta Maurice. Yo ¿qué soy? -se pregunta angustiada- No me he preocupado nunca demasiado de ello. Me sentía garantizada -ónticamente garantizada, añadimos nosotros- en tanto que él me amaba” (LFR p. 239).

La mujer se aliena así, en su ser, en el otro, en el amado que la corresponde y la justifica con su amor. Pero en el relato de Beauvoir, Maurice se enamora de otra mujer. Y de nuevo, como en el caso del primer relato, “L’âge de la discretion”, la traición es doble pues no sólo es abandonada por Maurice, sino que mujer que la suplanta encarna precisamente los valores opuestos a aquellos que ella había compartido con su esposo, los valores que eran un vínculo entre la pareja. Estos valores, nobles, admirables, habrían podido servirle de justificación, de coartada, al hecho de que le hubiera consagrado su vida. Pero si Maurice era en realidad un indeseable, si sus valores eran de hecho innobles, entonces Monique se habría equivocado consagrándole su vida, renunciando a la propia. Su vida así, sería un fracaso irre recuperable. Habría perdido su vida y el sentido de ésta al entregarse en cuerpo y alma a él, al designarlo como “lo absoluto”. Pero si fuese verdad, si él es “el sujeto”, “lo absoluto” y él la rechaza, esto significa que ella, la mujer que ella es debe pensarse a sí misma como despreciable y digna de ser odiada, aunque ella misma no sepa por qué (Cf. LFR p. 189) sólo por saberse y vivirse a sí misma como excluida para siempre de lo absoluto, de la conciencia, del ser sujeto.

Finalmente los hechos desmienten y hacen insostenible la mala fe mediante la que pretendía ocultarse a sí misma la realidad, mediante la que pretendía no apercibirse de los cambios que estaban ocurriendo en el comportamiento de Maurice y en su actitud hacia ella. “Maurice y yo estábamos soldados. El error es que mi relación con Maurice no era indestructible, puesto que él la ha destruido” (LFR p. 197).

El desamor de su esposo se le impone a Monique como una situación insuperable, puesto que depende de la libertad del otro. Y así es vivido angustiosamente, en la impotencia más absoluta. Es lo que reflejan las pala-

bras de Monique cuando escribe en su Diario: “Pienso en la novela de Poe, en las paredes de hierro que se van acercando y en el péndulo en forma de cuchillo que se mueve oscilante sobre mi corazón” (LFR p. 242).

He aquí el peligro que comporta toda alienación, toda dependencia, todo abandono de nuestra responsabilidad y de nuestra libertad como sujetos en el otro.

En *Le deuxième sexe* un problema fundamental para la mujer al envejecer es ser ya inútil, innecesaria para los demás (cf. DS pp. 466-467). Al ser ya necesaria ni para su esposo ni para sus hijos, la existencia de la mujer madura resulta injustificable ante ella misma siempre, naturalmente, que no haya podido o querido -he ahí la cuestión- reivindicarse y vivirse como sujeto. Es este caso y a partir de ese momento de su vida, su existencia le parece superflua, innecesaria, injustificable.

Es también el caso de Monique. Con el temor de no encontrar una razón suficiente para renunciar a su propia vida en el amor que siente por Maurice, intenta convencerse de que ha sacrificado su vida en aras de las necesidades de los otros, sus hijas, los desamparados... Se dice a sí misma que ha renunciado a un trabajo atractivo, gratificante porque no habría podido soportar no estar completamente a la disposición de los demás, a la disposición de todos aquellos que la necesitan (Cf. LFR p. 125) Pero la respuesta, la reacción de aquellos a quienes intenta ayudar, aquellos que supuestamente la reclaman y la necesitan, la respuesta de aquellos a quienes ha consagrado su vida, es terriblemente decepcionante. Resulta que la acusan de haberlos querido de un modo, para ellos, asfixiante. Y rechazan aquello que ella pretende ofrecerles: su abnegación, su vida. Con este rechazo hacen que la justificación de elección de vida de Monique resulte imposible. De este dramático modo, la reflexión de Monique sobre sí misma concluye con el reconocimiento de su dependencia ontológica, radical y vampírica de los demás, de los otros.

Se pregunta: “¿Acaso sé quien soy? Tal vez soy una especie de sanguijuela que le alimenta de la vida de los otros: la de Maurice, la de nuestras hijas, la de todos esos pobres ‘chiens moullies’ a los que he pretendido ayudar.” (LFR p. 237)<sup>4</sup>.

---

4 “A woman Destroyed” is my idea of the perfect text, the quintessential document of feminist protest: richly ironic, funny, experimental, beautiful observed -the destruction of the dependent being already destroyed by the dependence which has been built into that being. Or we could very profitably use “The Coming Age” as the achievement of the great essay much as is *The Second Sex*». (Kate Mollet, “Simone de Beauvoir Autobiographer” en *Criticals Essays on Simone de Beauvoir*, p. 291).

## La vejez. La temporalidad como situación insuperable

Aunque Simone de Beauvoir reconoce que en *La femme rompue* trató el tema del hecho de rechazo de la temporalidad sin haberse dado cabal cuenta de su importancia, la actitud de las protagonistas, cuyas edades oscilan desde la cuarentena mediada (“Monologue” y “La femme rompue”) y los sesenta años (“L’âge de la discretion”), ante el ineluctable paso del tiempo es un tema central en los tres relatos. La misma Simone de Beauvoir se encontraba al final de la cincuentena cuando los escribió.

Ya en *Le deuxième sexe*, el rechazo o incluso la negación del paso del tiempo se contempla como uno de los rasgos más acusado de la mujer en proceso de envejecimiento: “es un sentimiento de despersonalización -escribe Simone de Beauvoir- que le hace perder todas sus referencias objetivas (...) La mujer que nunca se ha sentido tan joven y nunca se ha visto tan mayor no consigue conciliar estos dos aspectos de ella misma; es como si el tiempo transcurriera y la fuera royendo en un sueño” (DS p. 462).

Con algunas diferencias particulares, esta descripción podría aplicarse a las tres protagonistas de *La femme rompue*. La protagonista del monólogo que constituye el segundo relato de la obra, se encierra en un presente eterno de odio y cólera que deja abolida la temporalidad. En el primer relato, “L’âge de la discretion”, y en el último, “La femme rompue”, la actitud de las protagonistas en el punto de partida del relato es el rechazo, la negación del paso del tiempo. La protagonista de “L’âge de la discretion” no admite que está envejeciendo, la de “La femme rompue” no quiere comprender que los sentimientos cambian, escribe Simone de Beauvoir<sup>5</sup>.

Y el rechazo de la temporalidad implica la mala fe. Así, en el tercer relato, la protagonista, Monique, intenta creer en la inmutabilidad de sus relaciones con Maurice, su marido, y negar los cambios que comporta el paso del tiempo, desde una posición de mala fe. “Me parecía que Maurice estaba soldado a mi piel -dice- era mi marido igual que Colette era mi hija, de un modo irreversible; una relación que puede olvidarse, pervertirse, pero nunca aniquilarse” (LFR p. 217). Pero, finalmente, esta mala fe resulta imposible de mantener; Maurice la abandona por otra mujer y ella no pudo hacer nada ni por impedir los hechos, ni por ignorarlos. “He amado durante veinte años a un indeseable -dice- (...) este amor entre nosotros era real (...) tan indestructible como la verdad. Lo que pasa es que existía también este tiempo que

---

5 Cf. el Prefacio de Simone de Beauvoir al libro de Anna Ophir en *Les écrits de Simone de Beauvoir*, p. 579.

pasaba y yo no lo sabía” (LFR p. 223). El tiempo que pasaba, que pasa, la temporalidad ineluctable, el devenir que contemplamos y en el que, al mismo tiempo estamos inmersos, como Heráclito y Nietzsche sabían. Cómo de hecho todos sabemos aunque la mayoría no quiera conocerlo.

En el relato que nos ocupa, cuando los hechos desmienten la ilusión de la permanencia, la mala fe pierde su efectividad, y Monique queda inermes. Lo único que le queda frente al porvenir es el miedo y la impotencia. Esa no es la única posibilidad, pero es la que describe nuestra autora. Y así, angustiosamente, termina su diario Monique: “La puerta de porvenir va a abrirse. Lentamente. Implacablemente. Yo estoy en el umbral. Sólo existe esta puerta y lo que acecha detrás. Tengo miedo. Y no puedo pedirle ayuda a nadie. Tengo miedo” (LFR p. 252).

También la protagonista de “*L’âge de la discretion*” intenta, al principio del relato, enmascarar ante sí misma el hecho de la vejez ineluctable que ya ha comenzado para ella, aferrándose a la inmutabilidad de su relación con André, su marido, a su comunicación con él, a la pervivencia de su propia energía, de su alegría de vivir. Negando, en definitiva, la acción del paso del tiempo con una actitud de mala fe que, mas tarde, conseguirá superar.

“He rechazado siempre -dice- considerar la vida como un proceso de degradación. Pensaba que mis relaciones con André no se alterarían nunca, que mi obra no dejaría de enriquecerse, que Philippe se parecería cada vez más al hombre que yo había querido hacer de él. Mi cuerpo no me preocupaba (...) Que engaño (...) Mi cuerpo me traicionaba. Ya no era capaz de escribir; Philippe había traicionado todas mis esperanzas y (...) entre André y yo las cosas estaban deteriorándose. Que engaño, este progreso (...) con el que me había embriagado, puesto que llega el momento del resbalón! Y ahora será muy rápido y muy lento a la vez: vamos a convertirnos en ancianos” (LFR pp. 71-72).

El hecho de reconocer la propia temporalidad implica la “autenticidad”. Es la asunción de la propia temporalidad en tanto que hecho y situación insuperables lo que desenmascara la mala fe de las protagonistas de estos relatos. Sólo cuando estos personajes dejan de negar el hecho ineluctable del paso del tiempo y dejan así de ocultarse a sí mismas los cambios que el devenir permanente que constituye la vida comporta, cuando comienzan a estar en la senda que les va a permitir superar la mala fe<sup>6</sup>.

---

6 Sartre, en los *Carnets de la drôle de guerre* vinculaba ya esta percepción de la temporalidad con lo que consideraba la autenticidad natural de Simone de Beauvoir cuando recuerda como, según ella misma le había relatado, a los dieciocho años, en una hermosa

La asunción de la temporalidad comporta la asunción de la vejez y finalmente de la muerte, como el horizonte que nos es propio dada nuestra condición de seres temporales. “En el océano del tiempo yo era una roca, golpeada por olas siempre renovadas, que no se movía, que no se desgastaba. Y, de repente, el flujo me lleva y me llevará hasta que yo embarranque en la muerte” (LFR p. 64), dice la protagonista de “L’âge de la discretion”. Y asume finalmente su condición de ser temporal: el hecho de que la vejez y la muerte le son ineluctables. Una vez recuperado el entendimiento con su marido, concluye: “Nos ayudaremos a vivir esta última aventura de la que no regresaremos. ¿Nos la hará intolerable este hecho? No lo sé. Esperemos. No tenemos elección” (LFR p. 84).

---

tarde, sentada en una sillita metálica de las que se alquilan en los Jardines del Luxemburgo, en París, y recostada contra la verja, había pensado o mejor había sentido, vivido : “Je suis là, le temps coule, et cet instant ne reviendra plus”. El Castor, nombre con el que Sartre se refería a su compañera, “sentada en su silla era verdaderamente un pequeño ser metafísico en su corazón, se lanzaba al tiempo, vivía el tiempo, era el tiempo” (Sartre *Les Carnets de la drôle de guerre*, p. 284).